



Azarin

Rabelistas y Cervantistas Palabras

No hace mucho dedicábamos un artículo a Remy de Gourmont. En Francia se ha recordado recientemente la dilección que dicho escritor tenía por los libros de Rabelais. En el culto a Rabelais acompañaba Gourmont a France. También Anatole France es un entusiasta del autor de Gargantúa. Una revista ha publicado un fragmento de alguna de las conversaciones que uno y otro escritor, France y Gourmont, solían mantener acerca de su común simpatía. Si gustaban los dos de Rabelais, no iba su autor hasta convertirse en fanatismo; Rabelais era para ellos, no un ídolo chino, sino un amigo a quien se quiere y a quien se le habla con franqueza y sin remilgos.

-Rabelais -dice Gourmont- no era lo que llamamos; o, mejor dicho, llaman los alemanes un sabio. Nunca fue pedante y enfadoso. Sabía lo que tenía interés y lo que no lo tenía; no confundía nunca la erudicción con la inteligencia.

-Tiene usted razón de sobra, querido Gourmont -replicaba France-; a mí también me son desagradables los fanáticos de Rabelais que se esfuerzan por hacernos creer que Rabelais entendía de todo. Se ha llegado a decir, a propósito de la guerra entre Gargantúa y Picherochilos, que Rabelais era un gran estratega. Riámonos. Por ese Sistema, ¿qué autor no podrá ser un táctico de primer orden? Le digo a usted que estoy tentado de hacer la prueba con Paúl de Kock. ¿Recuerda usted aquella novela suya en que un sargento adiestra a gritar a una cotorra ¡Presenten, armas!/? Pues eso podría ser una base para mi estudio...

Anatole France tenía razón en sonreír; pero el hecho no es exclusivo de Francia. Muy lejos habrán ido en Francia los rabelistas; no habrán ido, sin embargo, tan adelante como en España los cervantistas. No condenamos esta singularidad; tratamos de explicarla. No la condenamos porque, en el fondo, tales extremos de la adoración son naturales y lógicos. En el campo de la admiración ha de haber de todo: hombres

extremados y hombres discretos: espíritus desapoderados y espíritus razonadores. Pero que los exaltados y los posesos permitan, si no una condenación de su conducta, si una explicación de ella y una no conformidad. Cervantes, al igual que Rabelais, ha sido considerado como estratega, y además como geógrafo, jurisconsulto, médico, botánico, político, etc., etc. Poco a poco se ha ido formando una especie de misticismo cervantista: ya, afortunadamente, han sido abandonados estos vericuetos de la estrategia, la geografía, la medicina, etc.; pero el ambiente que se quiere formar alrededor de Cervantes diríase que no es el de la admiración cordial, sincera, afectuosa, sino el de la adoración dogmática e incondicional que no admite distinguos, observaciones y réplicas. Recordamos ahora un cierto pasaje del librito que D. Fermín Caballero consagró a Cervantes considerándolo como geógrafo. Hablando Caballero de la descripción que Cervantes hace del baile manchego, copiaba las siguientes palabras del autor del Quijote: "Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y, finalmente, el azogue de todos los sentidos". Y añadía por comentario don Fermín, que era un hombre inteligente y un genio escritor: "Leyendo estas imágenes sublimes nos parece estar gozando de la visión intuitiva de nuestro baile nacional". Imágenes sublimes, visión intuitiva... ¿Qué tiene aquí que hacer para nada la sublimidad? ¿Para qué hablar de sublimidad cuando se trata de frases corrientes y cuando la sublimidad es muy otra cosa?

Pues hoy, aun persiste entre algunos de nuestros cervantistas este espíritu. Se podrían citar curiosos casos. Y vamos a repetir por segunda vez, para que no puedan interpretarse aviesamente nuestras palabras; vamos a decir por segunda vez que lo que deseáramos sería, para Cervantes, no una exaltación desapoderada y fanática, sino una admiración cordial, afectuosa y razonadora. El mayor daño que le puede hacer al autor del Quijote es seguir laborando sobre ese misticismo cervantista de que hablábamos antes: la creación del dogma suscita lógica y fatalmente la rebeldía y la protesta; la pasión justifica la repasión. Y después debemos considerar que Cervantes no está solitario en su época; Cervantes es un árbol hermosísimo: pero un árbol, no aislado en una llanura, sino en un bosque con otros árboles. Cervantes no se halla solo, como un milagro: en el siglo XVII están con él, rodeados todos de un ambiente de cultura. Lope, Góngora, Gracián, Tirso, Calderón... No consideremos a Cervantes, aislándolo, sin tomar en cuenta ni el ambiente ni sus compañeros de letras, de una manera que sería, aparte de anticientífica, injusta para Lope, Góngora, Gracián, etc., y depresiva, en resumen de cuentas, para el mismo Cervantes. Y añadamos que la difusión y perfección de la lengua castellana (no es más extendida y perfecta que la francesa o la inglesa) no se debe sólo a Cervantes. En cuanto a la perfección, se debe sólo a Cervantes y a otros muchos escritores castellanos; y se debe -esto es lo esencial- al pueblo, a la masa popular, perdurable almáciga o vivero del idioma, donde el idioma está siempre en germinación y crecimiento. Y en cuanto a la difusión por el mando, se debe a Cervantes y a sus camaradas de letras; pero se debe más a gentes que no eran ni Cervantes, ni Lope, ni Calderón, etc., sino hombres de milicia, guerreros, conquistadores, que anduvieron por distintos países de Europa y por América. No olvidemos, finalmente, cuando tratemos de celebrar con monumentos o conmemoraciones el idioma castellano, que en España existen varios idiomas, alguno de ellos, como el catalán, idioma del sentir y del pensar de todo un pueblo con su historia y con su etnografía, idioma en que antigua y modernamente han sido trabajadas obras literarias verdaderamente admirables y perfectas.

En fin, que cada cual marche por su camino; pero que los exaltados y frenéticos no quieran regatear a los condicionales su derecho a la admiración razonada. Achaque y muletilla harto cansada de ahora es lo de reprochar a los nuevos escritores un espíritu de

crítica negador y abominador de todo. Se exagera bastante. Y no se ve -o no se quiere ver- que lo que al presente ocurre ha ocurrido en todos los siglos. Nos limitamos a la literatura. ¿Podrá hoy parecernos ningún siglo tan pródigo de ingenios de toda suerte como el XVII? Pues Gracián, por ejemplo, no se cansa de repetir en El Criticón que su tiempo es estéril en hombres, y que él no descubre a nadie verdaderamente eminente. ¡Cuántos poetas no contamos hoy en la decimoséptima centuria! Pues en el prólogo de El peregrino en su Patria, Lope de Vega, no un muchacho rebelde y extravagante de ahora, escribe lo siguiente: "Yo no conozco en España tres que escriban versos". Y pocas líneas antes había dicho: "En España se tiene por sin duda que no ha nacido poeta en este siglo". ¡Que cada cual diga de los escritores antiguos lo que le plazca! Los clásicos no padecen nada en el examen, la contradicción y la negación. Lo deplorable es el silencio. La contradicción supone ya preocupación. Seguramente Cervantes, tan llano y hecho a la vida libre y ancha, gustaría más de uno de esos escritores que le discuten, que de un cervantista de los que ven exquisitos primores donde no hay sino palabras corrientes. Anatole France y Remy de Goarmont sonreían de los rabelesistas inmoderados; sonreíamos también acá en España de sus congéneres los cervantistas sin freno. Sonreíamos benévolutamente; pero dejémosles con su simpática quimera. Esos cervantistas desempeñan una misión especial: que es la de suscitar la crítica y estimular la contradicción.

Azorín

ABC, 28 de octubre de 1915

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario